



Amparo López da la bienvenida a las alumnas, algunas veteranas y otras nuevas. J. ALEXANDRE

Madres gitanas que buscan su espacio

► La Fundación Secretariado Gitano en colaboración con el programa CAM Romí favorece la integración de las mujeres romías al mundo laboral

OLGA BRIASCO VALENCIA

■ Acudir a clase es siempre un beneficio —el saber no ocupa lugar y hay que labrarse un futuro— pero un aula puede ser también un espacio en el que compartir experiencias y aprender que uno mismo es quién tiene las riendas de su vida. Sólo hay que valorarse y que alguien enseñe el camino. Éstos son algunos planteamientos y conceptos que la Fundación Secretariado Gitano de la Comunitat Valenciana en colaboración con el programa CAM Romí de Caja

También aprenden a confeccionar un currículum, a hablar en una entrevista de trabajo o expertos les hablan sobre el VIH

Mediterráneo abordan en los diferentes talleres y cursos.

Soraya, Trini, Josefa, Macarena, Séfora... (hasta un total de doce mujeres) entraron en el aula con gran revuelo y alboroto: «¡Qué grande está tu hija!», «tu pequeño se parece más a tu mari-

do», comentaban amigablemente sobre los hijos que sujetaban en sus brazos o llevaban en sus carritos. En total, siete bebés y niños que presenciaban —sin darse cuenta— uno de los momentos en que sus madres piensan en ellas. «Aquí no solo aprendo sino que desconecto con la rutina, es otro ambiente», comenta Trini.

«Hay talleres de todos los tipos pero aquí les explicamos y enseñamos a hablar en público, a maquillarse, a cuidar a su hijo...», explica Amparo López, la encargada del taller, quien matiza «al

«Soy una mujer luchadora»

UNA HISTORIA DE SUPERACIÓN

Macarena pasó de la infancia a la madurez cuando tuvo a su hija. Con 16 años se ocupó de la casa y, ahora, busca su espacio

O. BRIASCO VALENCIA

■ La mirada de Macarena, aunque no esconde el sufrimiento, transmite alegría y esperanza y sus gestos calmados cuando habla de su familia y de ella misma muestran la templanza que ha tenido a la hora de dirigir sus pasos. Se define como «una mujer luchadora y optimista» que no se rinde nunca porque «el mundo no me come a mí sino yo a él».

La fuerza para seguir adelante la coge de sus nueve hijos —la mayor tiene 16 años y el más pequeño 18 meses—, quienes la han visto llorar y levantarse una tras otra vez. «Ellos son quienes me han ayudado a remontar en los tiempos más difíciles», comenta recordando la época en la que «vi-

vía a base de Diazepam porque la ansiedad que sufrí durante cuatro años hacía que me ahogara. Apenas podía respirar y parecía un fantasma». Con voz más suave confiesa que «lloraba tanto y estaba tan triste y decaída que no parecía yo». Según relata, salió de esa espiral un día que «paseando por el barrio me di cuenta de que estaba perdiendo a mis hijos». Es ahí cuando «juré que no tomaría ningún medicamento más. Y aquí estoy, más alocada que nunca».

Su constancia y tenacidad ha hecho que lograra aprobar el carné de conducir en un mes y medio. «El teórico lo aprobé a los 15 días y mi profesor se quedó asombrado porque apenas sé leer —lo hace con mucha lentitud— pero como necesitaba el coche y me puse con ello».

Su energía la ha concentrado en la casa: «Nunca hemos pasado hambre. Quizá mis hijos tengan que usar la ropa que nos regalan y cuidarla para el resto de sus hermanos pero comida no les ha faltado», comenta la madre, quien trabaja en el mercadillo del Cabanyal



Macarena durante la sesión. J. ALEXANDRE

y en la plaza Redonda. Ahora, se plantea sacarse el graduado escolar —Amparo López le anima— para «poder acceder a otro tipo de trabajos, algo más cualificados».

A sus 32 años añora parte de su juventud pero es feliz: «Me conformo con poco» y espera que «mis hijos acaben los estudios y no sigan mis pasos», aunque se siente orgullosa por «ser una luchadora nata». Con la separación, comenzó una nueva etapa en la que desea «cuidarme un poco más y comenzar a pensar en mí.»



LA CIFRA

284 MUJERES

Han encontrado trabajo

► Desde que se puso en marcha el programa CAM Romí de Caja Mediterráneo, 326 mujeres han tenido acceso a formación laboral, 214 mujeres han obtenido el graduado escolar y 284 mujeres han accedido a un empleo.

ser la primera clase les dejamos que estén con sus hijos». Pero esta situación es «una excepción» porque durante las sesiones los niños están en la guardería —una habitación del centro habilitada para tal fin—.

Con un plato de pastitas en la mesa y el café que lo sirve Mari Luz —también cuida de los pequeños— comienza la sesión. El primer ejercicio que hicieron fue escribir o dibujar qué les apetecía hacer durante el año. Algunas con su bebé en brazos y, otras, con la ayuda de López para que se lo escribiera, comenzaron la tarea: Ir de excursión, leer, escribir, pintar un cuadro o maquillarse fueron algunas de sus propuestas, donde no faltó «una fiesta gitana, con palmas y mucha diversión», dice Luisa. «Yo quiero aprender a escribir», dice una mientras otra le corta y exclama: «¡A mí me gustaría aprender a cantar!». Pero también hubo quien no se pronunció porque «ya no sé ni lo que me apetece».

Hacia la integración

Todas ellas tienen en común que quedaron embarazadas a muy temprana edad y son ellas las que se ocupan de las tareas del hogar. «Me quedé embarazada por primera vez cuando tenía 16 años», explica Soraya, que a sus 21 años, ya tiene dos niños. Macarena, su tía, tuvo a su hija con la misma edad que Soraya. Después vendrían ocho más. «Ahora la mayor tiene 16 años y se quiere casar pero yo le digo que se espere, que no puede depender tan pronto de un hombre y tiene que hacer su futuro», explica Macarena.

Arreglarse, cuidarse y saber controlar sus nervios son otras de sus preocupaciones: «A mí me gustaría saber pintarme porque cuando me arreglo parezco otra», explica una de ellas mientras se toca el pelo enmarañado, recogido en una coleta. Para otra, «hacerse las uñas» o «tener tiempo para mí» es su ilusión. Todo ello se debe a su estilo de vida, marcado por el cuidado de sus hijos y de las tareas del hogar. «Desde que me casé con mi marido sólo tengo trabajo en mi casa», confiesa una. Macarena añade «en mi casa las tareas nunca terminan, siempre hay una olla que hacer o una habitación que limpiar».

Pero las sesiones van mucho más allá porque es un tiempo donde aprenden a leer y a escribir, abordan temas de salud, conocen las enfermedades sexuales y cómo prevenirlas, les enseñan a confeccionar un currículo o aprenden a hablar en público. En definitiva, un tiempo en el que ellas mismas crecen como mujeres, se alejan de sus quehaceres domésticos y avanzan hacia la integración social y laboral. Un espacio que «es otro ambiente» y que «me ayuda a aprender cosas de las que nunca había oído hablar antes», confiesan.